

PRIMERA LECTURA

Contaron a la Iglesia todo lo que Dios había hecho con ellos

Lectura de los Hechos de los Apóstoles 14, 21b-27

Pablo y Bernabé volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía de Pisidia. Confortaron a sus discípulos y los exhortaron a perseverar en la fe, recordándoles que es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios.

En cada comunidad establecieron presbíteros, y con oración y ayuno, los encomendaron al Señor en el que habían creído.

Atravesaron Pisidia y llegaron a Panfilia. Luego anunciaron la Palabra en Perge y descendieron a Atalía. Allí se embarcaron para Antioquía, donde habían sido encomendados a la gracia de Dios para realizar la misión que acababan de cumplir.

A su llegada, convocaron a los miembros de la Iglesia y les contaron todo lo que Dios había hecho con ellos y cómo había abierto la puerta de la fe a los paganos.

Palabra de Dios.

Salmo Responsorial 144, 8-13a

R. Bendeciré tu Nombre eternamente, Dios mío, el único Rey.

O bien:

Aleluia.

El Señor es bondadoso y compasivo,
lento para enojarse y de gran misericordia;
el Señor es bueno con todos
y tiene compasión de todas sus criaturas. **R.**

Que todas tus obras te den gracias, Señor,
y tus fieles te bendigan;
que anuncien la gloria de tu reino
y proclamen tu poder. **R.**

Así manifestarán a los hombres tu fuerza
y el glorioso esplendor de tu reino:
tu reino es un reino eterno,
y tu dominio permanece para siempre. **R.**

SEGUNDA LECTURA

Dios secará todas sus lágrimas

Lectura del libro del Apocalipsis 21, 1-5a

Yo, Juan, vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe más.

Vi la Ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo y venía de Dios, embellecida como una novia preparada para recibir a su esposo.

Y oí una voz potente que decía desde el trono: «Ésta es la morada de Dios entre los hombres: Él habitará con ellos, ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será con ellos su propio Dios. Él secará todas sus lágrimas, y no habrá más muerte, ni pena, ni queja, ni dolor, porque todo lo de antes pasó».

Y el que estaba sentado en el trono dijo: «Yo hago nuevas todas las cosas».

Palabra de Dios.

Aleluia Jn 13, 34

Aleluia.

«Les doy un mandamiento nuevo:
ámense los unos a los otros, como Yo los he amado»,
dice el Señor.

Aleluia.

EVANGELIO

Les doy un mandamiento nuevo: ámense unos a otros

Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Juan 13, 31-33a.33-35

Durante la Última Cena, después que Judas salió, Jesús dijo:
Ahora el Hijo del hombre ha sido glorificado y Dios ha sido glorificado en Él.
Si Dios ha sido glorificado en Él,
también lo glorificará en sí mismo, y lo hará muy pronto.
Hijos míos, ya no estaré mucho tiempo con ustedes.
Les doy un mandamiento nuevo: ámense los unos a los otros.
Así como Yo los he amado, ámense también ustedes los unos a los otros.
En esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros.

Palabra del Señor

Manuel de Tuya

Comienzo de los discursos de despedida
(Jn.13,31-35)

31 Así que salió, dijo Jesús: Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre, y Dios ha sido glorificado en El. 32 Si Dios ha sido glorificado en El, Dios también le glorificala a El, y le glorificará en seguida. 33 Hijitos míos, un poco estaré todavía con vosotros: me buscaréis, y como dije a los judíos: A donde Yo voy vosotros no podéis venir, también os lo digo a vosotros ahora. 34 Un precepto nuevo os doy: que os améis los unos a los otros como Yo os he amado, que os améis mutuamente. 35 En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos para con otros.

Con estas palabras, sólo interrumpidas por la situación en que Jn pone la predicción de Pedro, comienza el gran discurso de despedida. (Como Jn no relata la institución de la Eucaristía, no se puede saber el momento histórico a que corresponden estas palabras.)

La salida de Judas significa la **“glorificación” de Cristo y del Padre.**

Glorificación del Hijo, porque va a dar comienzo en seguida su prisión y muerte, lo que es paso para su resurrección triunfal. Así decía a los de Emaús: “¿No era necesario que el Mesías padeciese tales cosas y así entrase en su gloria?” (Luc_24:26). Frente a “glorificaciones” parciales que tuvo en vida con sus milagros (Jua_2:11; Jua_1:14, etc.), con esta obra entra en su glorificación definitiva (Flp_2:8-11). El ponerse la glorificación como un hecho pasado en aoristo (*edoxásthe*) es que, al estilo de usarse un presente por un futuro inminente, se considera tan inminente esta glorificación — “en seguida” (v.33) — que se da ya por hecha: “escatología realizada.” (Si no es debido a la redacción de Jn, que lo ve a la hora de los sucesos ya pasados.)

Esta “glorificación” del Hijo aquí va a ser “en seguida,” **por lo que es el gran milagro de su resurrección. Va a ser obra que el Padre hace “en El.”** ¿Cómo? La gloria de su resurrección descenderá el velo de lo que El es, oculto en la humanidad; con lo **que aparecerá “glorificado” ante todos.** Así San Cirilo de Alejandría. Sería, pues, la glorificación del Hijo por su exaltación a la diestra del Padre, la que se acusaría en los milagros. Es lo que El pide en la “oración sacerdotal” (Jua_17:5.24).

Pero, si el Padre glorifica al Hijo, el Padre, **a su vez, es glorificado en el Hijo.** Pues El enseñó a los hombres el “mensaje” del Padre (Jua_17:4-6), y le dio la suprema gloria con el homenaje de su muerte; que era también el mérito para que todos los hombres conociesen y amasen al Padre.

Y con ello les anuncia, algún tanto veladamente, tan del gusto oriental, su muerte. Les vuelca el cariño con la forma con que se dirige a ellos: “Hijitos” (τεκνία). En arameo no existe este diminutivo en una sola palabra. Pero Cristo debió de poner tal afecto en ella, que se lo vierte por esta forma griega diminutiva.

El va a la muerte. Por eso estará un “poco” aún con ellos. Pero ellos no pueden “ir” ahora. Las apariciones de Cristo resucitado a los apóstoles fueron transitorias y excepcionales. Si la forma literaria en que El se refiere a lo mismo que dijo a los judíos es literariamente igual, conceptualmente es distinta, ya que aquéllos lo buscaban para matarle, por lo que morirán en sus pecados (Jua_8:21), mientras que a los apóstoles va a “prepararles” un lugar en la casa de su Padre (Jua_14:2).

Y Cristo les deja, no un consejo, sino un “mandamiento” y “nuevo”: el amor al prójimo.

Acaso surge aquí, evocado por las ambiciones de los apóstoles por los primeros puestos en el reino, lo que hizo que, con la “parábola en acción” del lavatorio de los pies, les enseñase la caridad.

Y este mandato de Cristo es “nuevo,” porque no es el amor al simple y exclusivo prójimo judío, cómo era el amor en Israel (cf. Lev_19:18), sino que es amor universal y basado en Dios: amor a los hombres “como Yo (Cristo) os he amado.” Y será al mismo tiempo una señal para que todos conozcan que “sois mis discípulos.” ¡Los discípulos del Hijo de Dios! Pues, siendo tan arraigado el egoísmo humano, la caridad al prójimo hace ver que viene del cielo: que es don de Cristo. Y así la caridad cobra, en este intento de Cristo, un valor apologético. Tal sucedía entre los primeros cristianos jerosolimitanos, que “tenían un solo corazón y una sola alma” (Hec_4:32). Tertuliano refiere que los paganos, maravillados ante esta caridad, decían: “¡Ved cómo se aman entre sí y cómo están dispuestos a morir unos por otros!” Y Minucia Félix dice en su Octavius, reflejando este ambiente que la caridad causaba en los gentiles: “Se aman aun antes de conocerse”.

(DE TUYA, M., *Evangelio de San Juan*, en **PROFESORES DE SALAMANCA**,
Biblia Comentada, Tomo Vb, BAC, Madrid, 1977)

----- Comentario Teológico -----

P. Antonio Royo Marín, O. P.

Amor a Dios, amor al prójimo

Conclusión: La perfección de la vida cristiana se identifica con la perfección del doble acto de caridad; pero primariamente con relación a Dios, y secundariamente con relación al prójimo.

151. Es elemental en teología que no hay más que una sola virtud, un solo hábito infuso de caridad, con el cual amamos a Dios por sí mismo y al prójimo y a nosotros mismos por Dios. Todos los actos procedentes de la caridad, cualquiera que sea el término donde recaigan, se especifican por un mismo objeto o motivo formal, a saber: la bondad infinita de Dios en sí misma considerada. Ya sea que amemos directamente a Dios en sí mismo, ya que amemos directamente al prójimo o a nosotros mismos, si se trata de verdadero amor de caridad, siempre el motivo formal es el mismo: la infinita bondad de Dios. No se puede dar

verdadera caridad hacia el prójimo o hacia nosotros mismos si no procede del motivo sobrenatural del amor a Dios; y es preciso distinguir bien este acto formal de caridad de cualquier inclinación hacia el servicio del prójimo nacida de una compasión puramente humana o de cualquier otra forma de amor producida por algún motivo puramente natural.

Siendo esto así, es evidente que el crecimiento del hábito infuso de la caridad determinará una mayor capacidad con relación a su doble acto. No se puede aumentar en el alma la capacidad de amar a Dios sin que se aumente correlativamente, y en el mismo grado, la capacidad de amar al prójimo. Esta verdad constituye el argumento central de la sublime epístola primera del apóstol San Juan, donde se pone de manifiesto la íntima conexión e inseparabilidad de ambos amores.

Sin embargo, en el ejercicio del amor hay un orden y jerarquía exigidos por la naturaleza misma de las cosas. En virtud de ese orden, la perfección de la caridad consiste *primariamente* en el amor de Dios, infinitamente amable por sí mismo, y *secundariamente* en el amor del prójimo y de nosotros mismos por Dios. Y aun entre nosotros mismos y el prójimo hay que establecer un orden, que se toma de la mayor o menor relación con Dios de los bienes de que se participa. Y así hay que amar antes el bien espiritual propio que el bien espiritual del prójimo, pero hay que amar más el bien espiritual del prójimo que nuestro propio bien corporal.

La razón de esta jerarquía o escala de valores es porque—como explica Santo Tomás—a Dios se le ama como *principio* del bien sobre el que se funda el amor de caridad; el hombre se ama a sí mismo con amor de caridad en cuanto que *participa directamente* de ese mismo bien, y al prójimo se le ama con ese mismo amor en cuanto *socio y copartípe* de ese bien. Luego es evidente que hay que amar en primer lugar a Dios, que es el manantial y la fuente de ese bien; en segundo lugar, a nosotros mismos, que participamos *directamente* de él; y, por último, al prójimo, que es nuestro socio y compañero en la participación de ese bien. Pero como el cuerpo participa de la bienaventuranza únicamente por cierta *redundancia* del alma, síguese que, en cuanto a la participación de esa bienaventuranza, está más próximo a nuestra alma el alma del prójimo que nuestro mismo cuerpo; de donde hay que anteponer el bien espiritual del prójimo a nuestro propio bien corporal.

Caridad afectiva, caridad efectiva

Conclusión: La perfección cristiana consiste en la perfección de la caridad afectiva y efectiva; primariamente de la afectiva, y secundariamente de la efectiva.

152. Es preciso, ante todo, distinguir cuidadosamente ambas maneras de ejercitar la caridad. He aquí cómo lo explica San Francisco de Sales:

«Dos son los principales ejercicios de nuestro amor a Dios: uno *afectivo* y otro *efectivo o activo*, como dice San Bernardo. Por el primero nos aficionamos a Dios y a todo lo que a El place; por el segundo servimos a Dios y hacemos lo que El ordena. Aquél nos une a la bondad de Dios, éste nos hace cumplir su voluntad. El uno nos llena de

complacencia, de benevolencia, de aspiraciones, de deseos, de suspiros, de ardores espirituales, de tal modo que nuestro espíritu se infunde en Dios y se mezcla con El; el otro pone en nosotros el firme propósito, el ánimo decidido y la inquebrantable obediencia para cumplir los mandatos de su voluntad divina y para sufrir, aceptar, aprobar y abrazar todo cuanto proviene de su beneplácito. El uno hace que nos complazcamos en Dios; el otro, que le agradecemos».

Ahora bien: presupuesto lo que hemos sentado más arriba de que la perfección cristiana será tanto mayor a medida que la caridad produzca más intensamente su propio acto elícito e impere el de las demás virtudes de una manera más intensa, actual y universal, es evidente que la perfección depende primariamente de la caridad *afectiva*, y sólo secundariamente de la *efectiva*. Porque:

Sin la influencia de la caridad informando de algún modo el alma, los actos internos o externos de cualquier virtud *adquirida*, por muy perfectos que sean en su género, no tienen ningún valor sobrenatural, no sirven para nada en orden a la vida eterna.

Los actos sobrenaturales procedentes de cualquier virtud *infusa* realizados con un afecto de caridad débil y remiso tienen un valor meritorio igualmente débil y remiso por muy duros y penosos que puedan ser en sí mismos. No olvidemos que, como enseña Santo Tomás, la mayor o menor dificultad de un acto no añade per *se* ningún valor al mérito *esencial* del mismo—que depende exclusivamente del grado de caridad con que se hace—, aunque puede añadirle per *accidens* por el mayor ímpetu de caridad que ordinariamente llevará consigo.

En cambio, los actos de cualquier virtud infusa, por muy fáciles y sencillos que sean en sí mismos, realizados con un afecto de caridad intensísima, tienen un gran valor meritorio y son de altísima perfección. De este modo, la más pequeña acción de Cristo, el simple cocinar y barrer la casita de Nazaret realizado por María, tenía un valor incomparablemente superior al martirio de cualquier santo.

Esto mismo se desprende del hecho de que la perfección cristiana consista *especialmente* en el acto propio o elícito de la misma caridad (caridad afectiva) y sólo *integralmente* en los actos de las demás virtudes *imperados* por la caridad (caridad efectiva).

Todo esto de suyo o *en el orden objetivo*.

Sin embargo, *subjetivamente*, la perfección del amor divino *se* manifiesta mejor en el ejercicio de la caridad *efectiva*, o sea, en la práctica por amor de Dios de las virtudes cristianas, sobre todo si hay que superar para ello grandes dificultades, tentaciones o trabajos. El amor afectivo, aunque más excelente de suyo, se presta a grandes ilusiones y falsificaciones. Es muy fácil decirle a Dios que le amamos con todas nuestras fuerzas, que deseáramos ser mártires, etc., etc., sin perjuicio de faltar inmediatamente al silencio—que cuesta bastante menos que el martirio--o de mantener, con una terquedad ribeteada de amor propio, un punto de vista incompatible con aquella plenitud del amor tan rotundamente formulada. En cambio, la legitimidad de nuestro amor a Dios se hace mucho menos sospechosa cuando nos impulsa a practicar callada y perseverantemente, a pesar de todos los obstáculos y dificultades, el penoso y monótono deber de cada día. El mismo Cristo nos enseña que por sus frutos se conoce el árbol (Mt 7, 15-20) y que no entrarán en el cielo los que se limiten a decir: “¡Señor, Señor!”, sino los que cumplan la

voluntad de su Padre celestial (Mt 7,21). Y esto mismo se pone de manifiesto en la parábola de los dos hijos (Mt 21, 28-32).

(ROYO MARÍN, *Teología de la perfección cristiana*, BAC Madrid 2008)

----- Santos Padres -----

San Juan Crisóstomo

La caridad, madre de todos los bienes

Ahora es glorificado el Hijo del Hombre y Dios es glorificado en El. ¿Qué significa: Dios lo glorificó en Sí mismo? Es decir por Sí mismo y no mediante otro. Y muy presto lo glorificará, o sea, juntamente con la cruz. Como si dijera: No después de mucho tiempo ni mucho después de la resurrección, lo tornará brillante; sino que al punto y en la cruz misma aparecerán cosas notables. En efecto, el sol se oscureció, las rocas se rompieron, el velo del templo se rasgó y resucitaron muchos que ya habían muerto. El sepulcro de Jesús estaba sellado. Junto a él estaban los guardias. Y estando así cerrado con la piedra, sin embargo el cuerpo resucitó; y cuarenta días después se les dio el Espíritu Santo a los discípulos, y desde luego todos lo predicaron. Esto significa: Lo glorificará en Sí mismo y al punto lo glorificará. No por medio de ángeles ni por otra Potestad alguna, sino por Sí mismo. ¿Cómo lo glorificó por Sí mismo? Haciendo todo a gloria de su Hijo. Pero ¿es el caso que todo lo hizo el Hijo? ¿Adviertes cómo todas las obras del Hijo son referidas al Padre?

Hijitos míos: poco tiempo estaré ya con vosotros. Me buscaréis y no me encontraréis. Y como dije a los judíos: a donde Yo voy vosotros no podéis venir; lo mismo os digo a vosotros. Tras de la cena, comienza ahora la tristeza. Cuando Judas salió no era por la tarde, sino ya de noche. Convenía, pues, ahora hacerles todas las recomendaciones, para que las guardaran en la memoria, pues muy luego vendrían los que lo iban a prender. O por mejor decir, el Espíritu Santo les sugeriría entonces todo. Y es verosímil que muchas cosas las hayan olvidado, puesto que por primera vez las oían, y hubieron de sufrir luego pruebas tan numerosas.

En efecto, ¿cómo habrían podido retener exactamente todo en la memoria hombres que, como dice otro evangelista, cayeron en somnolencia a causa de la tristeza; y de quienes el mismo Cristo dice: Más porque os he dicho estas cosas la tristeza ha llenado vuestro corazón? Pero entonces, ¿por qué se les decían? Porque de todos modos obtenían no pequeña ganancia espiritual, para gloria de Cristo, puesto que más tarde entenderían todo claramente, recordando que ya lo habían oído de Cristo.

¿Por qué comenzó por quitarles ánimos diciendo: Poco tiempo estaré ya con vosotros? A los judíos bien estaba decirles eso por ingratos; pero a nosotros ¿por qué nos mezclas con ellos? Respóndeles: De ninguna manera os mezclo. Entonces ¿por qué dice: Como dije a los judíos? Se lo trae a la memoria porque no lo decía a causa de los males presentes, sino que de mucho antes lo tenía previsto y ellos mismos eran testigos, pues

lo habían oído cuando lo dijo a los judíos. De modo que no lo dice ahora para abatirlos, sino para consolarlos y para que los inesperados trabajos no los conturben.

A donde Yo voy no podéis venir vosotros. Les declara con esto que su muerte es un paso y tránsito a cosas mejores y a sitios que no admiten cuerpos corruptibles. También lo dice para excitarles el amor a su persona y hacerlos más ardorosos. Sabéis vosotros por experiencia que cuando vemos que algunos que nos son amadísimos se apartan, entonces nos sentimos más encendidos en su cariño; sobre todo si vemos que van a una región a donde nosotros no podemos ir. De modo que dijo eso Cristo tanto para ponerles temor a los judíos, como para inflamar en su amor a los discípulos. Como si les dijera: el sitio a donde voy es tal por su naturaleza que no sólo no pueden ir ellos, pero tampoco vosotros, aun siendo amicísimos míos. Por otra parte, con esto les declara su dignidad.

Y ahora os lo digo a vosotros. ¿Por qué ahora? Es decir, en un sentido lo dije a los judíos y en otro os lo digo ahora a vosotros; o sea, que no os mezclo con ellos. ¿Cuándo lo buscaron los judíos y cuándo los discípulos? Los discípulos cuando huyeron; los judíos cuando cayeron en tremendas desgracias nunca oídas, capturada ya su ciudad y rodeándolos por todas partes la ira de Dios. De modo que a los judíos lo decía entonces a causa de su incredulidad; pero ahora os lo digo a vosotros para que no deis en una desdicha inesperada.

Un mandato nuevo os doy. Siendo verosímil que ellos, tras de oír esas cosas, se perturbaran, como si fueran a quedar del todo abandonados, los consuela y los fortifica para su seguridad con lo que es la raíz de todos los bienes, o sea la caridad. Como si les dijera: ¿Os doléis de que yo me vaya? Pues si os amáis los unos a los otros, seréis más fuertes aún. Pero ¿por qué no se lo dijo con esas palabras? Porque lo hizo diciéndoles otra cosa, que era con mucho más útil. En esto conocerán que sois mis discípulos. Les significa que su grupo jamás se disolvería, una vez que les había dado la contraseña para conocerse. Y lo dijo cuando ya el traidor se había apartado de ellos. ¿Por qué llama nuevo este mandamiento? Pues ya estaba en el Antiguo Testamento. Lo hizo nuevo por el modo como lo ordenó. Puesto que lo propuso diciendo: Tal como Yo os he amado. Yo no he pagado vuestra deuda por méritos anteriores que vosotros tuvierais, les dice; sino que Yo fui el que comenzó. Pues bien, del mismo modo conviene que vosotros hagáis beneficios a vuestros amigos, sin que ellos tengan deuda alguna con vosotros. Haciendo a un lado los milagros que obrarían, les pone como distintivo la caridad.

¿Por qué motivo? Porque ella es ante todo indicio y argumento de los santos, ya que ella constituye la señal de toda santidad. Por ella, sobre todo, alcanzamos la salvación. Como si les dijera: en ella consiste ser mi discípulo. Por ella os alabarán todos, cuando vean que imitáis mi caridad. Pero ¿acaso no son los milagros los que sobre todo distinguen al discípulo? De ningún modo: Muchos me dirán: ¡Señor! ¿Acaso no en tu nombre echamos los demonios? Y cuando los discípulos se alegraban de que hasta los demonios los obedecían, les dijo: No os gocéis de que los demonios se os sujetan, sino de que vuestros nombres están escritos en el cielo. Fue la caridad la que atrajo al orbe, pues los milagros ya antes se daban. Aunque sin éstos tampoco aquélla hubiera podido subsistir.

La caridad los hizo desde luego buenos y virtuosos y que tuvieran un solo corazón y una sola alma. Si hubiera habido disensiones entre ellos mismos, todo se habría arruinado. Y no dijo esto Jesús únicamente para ellos sino para todos los que después habían de creer.

Y aun ahora nada escandaliza tanto a los infieles como la falta de caridad. Dirás que también nos, arguyen porque ya no hay milagros. Pero no ponen en eso tanta fuerza. ¿En qué manifestaron su caridad los apóstoles? ¿No ves a Pedro y Juan que nunca se separan y cómo suben al templo? ¿No ves qué actitud observa Pablo para con ellos? ¿Y todavía dudas? Dotados estuvieron de otras virtudes, pero mucho más lo estuvieron de la que es madre de todos los bienes. Ella germina en toda alma virtuosa enseguida; pero en donde hay perversidad, al punto se marchita: Cuando abunde la maldad, se resfriará la caridad de muchos .

Ciertamente a los gentiles no los mueven tanto los milagros --como la vida virtuosa. Y nada hace tan virtuosa la vida como la caridad. A los que hacen milagros con frecuencia se les tiene como engañadores; en cambio, nunca pueden reprender una vida virtuosa. Allá cuando la predicación aún no se había extendido tanto, con todo derecho los gentiles admiraban los milagros; pero ahora conviene que seamos admirables por nuestro modo de vivir. No hay cosa que más atraiga a los gentiles que la virtud; y nada los retrae tanto como la perversidad; y nada los escandaliza tanto, y con razón. Cuando vean a un avaro, a un ladrón que ordena lo contrario de la avaricia; y al que tiene por ley amar a sus enemigos, encarnizado como una fiera contra sus semejantes, llamarán vaciedades a tales preceptos. Cuando vean a uno lleno de terror por la muerte ¿cómo van a creer en la inmortalidad? Cuando vean a los ambiciosos y a los cautivos de otras enfermedades espirituales, más bien se aferrarán en sus propios pareceres y nos tendrán a nosotros en nada.

Nosotros, ¡sí, nosotros! tenemos la culpa de que ellos permanezcan en sus errores. Han repudiado ya sus dogmas; admiran ya los nuestros; pero los repele nuestro modo de vivir. Ser virtuoso de palabra es cosa fácil, pues muchos de ellos así lo practicaban; pero exigen además las obras buenas, como una demostración. Dirás: ¡que piensen en los que nos precedieron! No les darán fe, si observan a los que ahora vivimos. Nos dicen: muéstrame tu fe en las obras. Tales buenas obras por ninguna parte aparecen. Cuando nos ven destrozarse a nuestros prójimos peor que si fuéramos bestias salvajes, nos llaman ruina del universo. Esto es lo que detiene a los gentiles para no pasarse a nosotros.

En consecuencia nosotros sufriremos el castigo no solamente porque obramos mal, sino además porque por ahí el nombre de Dios es blasfemado. ¿Hasta cuándo viviremos entregados al anhelo de dineros, de placeres y de otros vicios? Por fin abstengámonos de ellos. Oye lo que dice el profeta acerca de algunos insensatos: Comamos y bebamos; mañana moriremos . Por lo que mira a los presentes, ni siquiera eso podemos asegurar: en tal forma muchos absorben los bienes de todos. Reprendiéndolos decía el profeta: ¿Acaso habitaréis vosotros solos la tierra?

Por todo eso, temo que nos acontezca alguna desgracia y que atraigamos sobre nosotros alguna gran venganza de parte de Dios. Para que esto no suceda, ejercitemos toda clase de virtudes, de modo que así consigamos los bienes futuros, por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.—Amén.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Explicación del Evangelio de San Juan (2), Homilía LXXII (LXXI)*, Tradición México 1981, p. 241-5

P. Alfredo Sáenz, S.J.

EL MANDAMIENTO NUEVO

Siempre que escuchamos el presente texto evangélico, viene a nuestro recuerdo aquella anécdota que cuentan del apóstol San Juan. Siendo éste anciano, se le acercaban sus discípulos para pedirle algún consejo, y el Apóstol reiteradamente respondía: "Amaos los unos a los otros". Un día le preguntaron por qué siempre respondía lo mismo, a lo que contestó: "Porque ese es el mandato del Señor y su solo cumplimiento basta". Al parecer, había quedado muy grabado en su mente aquel mandamiento nuevo que Cristo promulgó en la Última Cena.

No deja de llamar la atención que el Señor diga que se trata de un mandamiento "nuevo". El mandamiento del amor al prójimo ya existía en el Antiguo Testamento, ya tenía vigencia en el pueblo de Israel. ¿En qué consistía, pues, la novedad de este mandamiento? En el *modo* o la manera con que se debe amar. Por eso Jesús aclara: "Así como Yo os he amado, amaos también vosotros los unos a los otros". Eso es lo nuevo: amar al prójimo hasta el punto de estar dispuesto a dar la vida por él, si así fuera preciso.

El mandato de la caridad quedó tan grabado en el corazón no sólo de los discípulos sino también de los primeros cristianos, que su ejercicio constituyó el factor decisivo que hizo crecer la Iglesia naciente, según lo atestigua el libro de los Hechos de los Apóstoles, hasta terminar por convertir al Imperio Romano al cristianismo. De allí la famosa expresión que los paganos empleaban refiriéndose a los cristianos: "Mirad cómo se aman".

Y es que la caridad, esa virtud sobrenatural que infunde Dios en nuestras almas, por la que amamos a Dios sobre todas las cosas, y a nosotros y al prójimo por Dios, es, a la vez, una fuerza de *cohesión*, ya que tiende a unificar el cuerpo de la Iglesia, y una fuerza de *expansión* o *irradiación*, ya que a lo largo de los siglos no deja de atraer a los hombres al seno de la Iglesia. Por eso la caridad fue una originalidad del cristianismo, dado que el mundo disperso por el pecado original y sus consecuencias no era capaz de establecer una sólida cohesión entre sus miembros.

Si la caridad es una *fuerza*, nada más opuesto a ella que la *debilidad* malsana. Bien decía San Agustín que "hay que amar al prójimo porque Dios está en él o para que Dios esté en él". Si se lo quiere amar para tratar de que Dios esté en él, se requiere que en el que ama haya esa fortaleza divina que busca el bien en el otro y que es la caridad. Muchas veces la debilidad de los buenos es por falta de caridad. La caridad no es complaciente ni permisivista a ultranza. Si así lo fuera, no sería verdadera caridad. Si un padre no corrige a su hijo que va por mal camino, en realidad no estaría buscando su bien. Es cierto que la corrección deberá brotar de la caridad y no del encono, y deberá hacerse buscando el modo y el momento, pero deberá hacerse.

Tampoco debe confundirse el amor sobrenatural con el *amor puramente pasional*, que fácilmente se desorbita y desordena. La caridad no es solamente afectiva sino, por sobre todo, efectiva, buscando el bien natural del amado pero considerándolo desde la óptica del bien sobrenatural.

Asimismo la caridad ha de evitar el error del *ilusionismo*, es decir, del amor puramente abstracto, amando a los que están lejos sin tener en cuenta a aquellos que nos rodean. Sería una evasión engañosa del verdadero concepto de la caridad, ya que si bien la caridad es universal y debe extenderse a todos, necesariamente habrá de concretarse en los que están más cerca, aquel con el cual comparto el tiempo y el lugar.

De este modo la caridad tendrá las características que señalara San Pablo: "es paciente, es servicial, no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe, es decorosa, no busca su interés..." Podríase decir que el amor de caridad concretado en el prójimo es algo así como el *termómetro* o el *pulso* de nuestro amor a Dios. Bien ha escrito San Juan: "El que dice que ama a Dios a quien no ve, pero odia a su hermano a quien ve, es un mentiroso". La caridad es efectiva, operante. Debemos amar "no de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad", como afirma el mismo San Juan. Si nuestra caridad con el prójimo se acrecienta, señal es de que ha aumentado en nosotros el amor a Dios.

Será preciso que tengamos especial cuidado por evitar todo lo que se oponga a la verdadera caridad, como el odio, el rencor, la calumnia, la difamación, el juicio temerario, la murmuración, el desear el mal a los demás...

Dentro de todas las posibles formas de caridad, el apostolado es la más eminente, ya que no se limita a atender las necesidades materiales del prójimo, sino que se dirige a subvenir su necesidad más apremiante que es la sobrenatural, busca darle a Dios, llevarlo a la gracia, conducirlo a Jesucristo. Precisamente en la primera lectura de este domingo hemos escuchado cómo el apóstol San Pablo y su compañero Bernabé, encendidos por el celo apostólico, recorrían pueblo tras pueblo, y retornaban una y otra vez a las ciudades donde ya habían predicado, para confesar y exhortar a sus discípulos a perseverar en la fe. Todo ello es una expresión de la caridad apostólica que los caracterizaba.

El apostolado es una exigencia para el cristiano, exigencia derivada del carácter bautismal. No se trata, por cierto, de un mero impulso proselitista o propagandístico, sino que debe constituir una verdadera expresión de la caridad, debe ser una especie de desborde de la caridad, de la contemplación, que vuelca en el prójimo aquello de lo que se ha tenido experiencia. Así lo entendía San Juan cuando escribía al comienzo de su primera epístola: "Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida... eso es lo que os anunciarnos". El celo apostólico es como un fuego interior. San Pablo, el apóstol por antonomasia, se lanzaba a la labor apostólica sin importarle las dificultades, amenazas, torturas, peligros de muerte, con tal de predicar a Cristo.

Para terminar, aludamos a lo que nos refiere San Juan, en la segunda lectura de hoy, tomada del Apocalipsis. Allí nos muestra cuál es el desemboque de la caridad: *el cielo*. "Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo y venía de Dios, embellecida como una novia preparada para recibir a su esposo". El discípulo amado nos muestra ese término para animarnos a practicar aquí la caridad, para que las dificultades del camino no nos desalienten o enfríen nuestra caridad. Al término de la

carrera está el cielo. Al fin y al cabo, ¿qué es la caridad sino el cielo que comienza aquí en la tierra? Allí, nos sigue diciendo el Apocalipsis, "Dios secará toda lágrima, y no habrá más muerte, ni pena, ni queja, ni dolor, porque todo lo de antes pasó". Lo de "antes" es lo de la tierra, cuando todavía vivimos en las penumbras de la fe, y en las ansiedades de la esperanza. Lo de allí sería el triunfo de la caridad. Como lo ha enseñado San Pablo: "Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad, pero la más excelente de ellas es la caridad". La fe será reemplazada por la visión, la esperanza por la posesión, pero la caridad permanecerá en el cielo, jamás perecerá.

Dentro de algunos instantes recibiremos el Amor de los Amores, a aquel que "habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin". Pidámosle que nos dé la gracia para nos vayamos ejercitando en el amor al prójimo, para que hagamos nuestro su mandamiento y logremos amar a los demás como El nos ha amado.

(SAENZ, A., *Palabra y Vida*, Ciclo C, Ediciones Gladius, Buenos Aires, 1994, p. 159-162)

SS. Francisco

Queridos hermanos y hermanas:

Quisiera proponeros tres simples y breves pensamientos sobre los que reflexionar.

1. En la segunda lectura hemos escuchado la hermosa visión de san Juan: un cielo nuevo y una tierra nueva y después la Ciudad Santa que desciende de Dios. Todo es nuevo, transformado en bien, en belleza, en verdad; no hay ya lamento, luto... Ésta es la acción del Espíritu Santo: nos trae la novedad de Dios; viene a nosotros y hace nuevas todas las cosas, nos cambia. ¡El Espíritu nos cambia! Y la visión de san Juan nos recuerda que estamos todos en camino hacia la Jerusalén del cielo, la novedad definitiva para nosotros, y para toda la realidad, el día feliz en el que podremos ver el rostro del Señor, ese rostro maravilloso, tan bello del Señor Jesús. Podremos estar con Él para siempre, en su amor.

Veis, la novedad de Dios no se asemeja a las novedades mundanas, que son todas provisionales, pasan y siempre se busca algo más. La novedad que Dios ofrece a nuestra vida es definitiva, y no sólo en el futuro, cuando estaremos con Él, sino también ahora: Dios está haciendo todo nuevo, el Espíritu Santo nos transforma verdaderamente y quiere transformar, contando con nosotros, el mundo en que vivimos. Abramos la puerta al Espíritu, dejemos que Él nos guíe, dejemos que la acción continua de Dios nos haga hombres y mujeres nuevos, animados por el amor de Dios, que el Espíritu Santo nos concede. Qué hermoso si cada noche, pudiésemos decir: hoy en la escuela, en casa, en el trabajo, guiado por Dios, he realizado un gesto de amor hacia un compañero, mis padres, un anciano. ¡Qué hermoso!

2. Un segundo pensamiento: en la primera lectura Pablo y Bernabé afirman que «hay que pasar mucho para entrar en el reino de Dios» (Hch 14,22). El camino de la Iglesia, también nuestro camino cristiano personal, no es siempre fácil, encontramos dificultades, tribulación. Seguir al Señor, dejar que su Espíritu transforme nuestras zonas de sombra, nuestros comportamientos que no son según Dios, y lave nuestros pecados, es un camino que encuentra muchos obstáculos, fuera de nosotros, en el mundo, y también dentro de nosotros, en el corazón. Pero las dificultades, las tribulaciones, forman parte del camino para llegar a la gloria de Dios, como para Jesús, que ha sido glorificado en la Cruz; las encontraremos siempre en la vida. No desanimarse. Tenemos la fuerza del Espíritu Santo para vencer estas tribulaciones.
3. Y así llego al último punto. Es una invitación que dirijo a los que se van a confirmar y a todos: permaneced estables en el camino de la fe con una firme esperanza en el Señor. Aquí está el secreto de nuestro camino. Él nos da el valor para caminar contra corriente. Lo estáis oyendo, jóvenes: caminar contra corriente. Esto hace bien al corazón, pero hay que ser valientes para ir contra corriente y Él nos da esta fuerza. No habrá dificultades, tribulaciones, incomprendimientos que nos hagan temer si permanecemos unidos a Dios como los sarmientos están unidos a la vid, si no perdemos la amistad con Él, si le abrimos cada vez más nuestra vida. Esto también y sobre todo si nos sentimos pobres, débiles, pecadores, porque Dios fortalece nuestra debilidad, enriquece nuestra pobreza, convierte y perdona nuestro pecado.

¡Es tan misericordioso el Señor! Si acudimos a Él, siempre nos perdona. Confiemos en la acción de Dios. Con Él podemos hacer cosas grandes y sentiremos el gozo de ser sus discípulos, sus testigos. Apostad por los grandes ideales, por las cosas grandes. Los cristianos no hemos sido elegidos por el Señor para pequeñeces. Hemos de ir siempre más allá, hacia las cosas grandes. Jóvenes, poned en juego vuestra vida por grandes ideales.

Novedad de Dios, tribulaciones en la vida, firmes en el Señor. Queridos amigos, abramos de par en par la puerta de nuestra vida a la novedad de Dios que nos concede el Espíritu Santo, para que nos transforme, nos fortalezca en la tribulación, refuerce nuestra unión con el Señor, nuestro permanecer firmes en Él: ésta es una alegría auténtica. Que así sea.

(Plaza San Pedro, V Domingo de Pascua, 28 de abril de 2013)

San Juan Pablo II

Meditemos juntos sobre lo que nos dice la Iglesia en este domingo V de Pascua. Nos habla de la resurrección de Cristo, y al mismo tiempo nos hace ver nuestra vida a la luz de la resurrección. La resurrección de Cristo es su glorificación en Dios. Jesús habla a sus Apóstoles de esta glorificación la víspera de la pasión. La glorificación se cumplirá en la cruz y será confirmada por la resurrección. Mediante la cruz, Dios será glorificado en Cristo: “Si Dios es glorificado en Él, también Dios lo glorificará en Sí mismo: pronto lo glorificará” (Jn 13,32). Esto se realiza mediante la resurrección.

En el momento en que Cristo dice estas palabras a los Apóstoles -y es la tarde del Jueves Santo- éstos todavía están con el Maestro. Pero son ya los últimos momentos en que están todos juntos. Cristo se lo anuncia claramente: “A donde yo voy, vosotros no podéis venir” (Jn 13,33). El camino de la cruz y de la resurrección será la senda por la que Cristo irá completamente solo.

La resurrección tuvo lugar en Jerusalén, en la antigua ciudad israelita. Mediante la resurrección de Cristo comenzó a realizarse lo que el autor del Apocalipsis, Juan Apóstol, ve en su primera visión: “Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, enviada por Dios, arreglada como una novia que se adorna para su esposo” (21,2). La antigua Jerusalén se ha renovado. Juntamente con la resurrección de Cristo se ha hecho nueva, con una total novedad de vida. Se ha convertido en el comienzo del nuevo cielo y de la nueva tierra. En ella -en Jerusalén- se ha revelado el comienzo de los últimos tiempos. Todo esto sucedió mediante la gloriosa resurrección de Cristo.

A la luz de la resurrección nuestra vida cristiana se construye sobre el fundamento de la esperanza que se abre en la historia de la humanidad con la nueva Jerusalén del Apocalipsis de Juan: “Esta es la morada de Dios con los hombres:/ acampará entre ellos./ Ellos serán su pueblo/ y Dios estará con ellos”(21,3). La esperanza que la resurrección de Cristo lleva consigo es esperanza de la morada de Dios con los hombres. La esperanza del eterno Emmanuel. Los hombres serán abrazados por Dios. Dios será todo en todos (cfr. Col 3,11).

La esperanza que se abre ante la humanidad con la resurrección de Cristo es esperanza de la resurrección definitiva y perfecta, que se manifestará mediante la victoria sobre la muerte: “Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado.» Entonces dijo el que está sentado en el trono: “Mira que hago un mundo nuevo”. Y añadió: “Escribe: Estas son palabras ciertas y verdaderas”. A la luz de la resurrección de Cristo nuestra vida cristiana se construye sobre el fundamento de la esperanza de la vida nueva, que se abre ante el hombre por encima de los límites de la muerte y de la temporalidad. Sin embargo, la luz de la resurrección del Señor no sólo llega a la esperanza del mundo futuro. Penetra simultáneamente nuestra vida y nuestra peregrinación terrena. La penetra ante todo con el mandamiento del amor. En el Cenáculo del Jueves Santo Cristo recuerda a los Apóstoles este mandamiento y lo pone ante ellos como un compromiso principal: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn 13:34-35). La separación de Cristo, mediante la cruz y la resurrección debe, de una manera nueva, acercar recíprocamente a sus Apóstoles entre sí. El testimonio del amor supremo, dado en la cruz, debe hacer brotar en ellos un amor parecido. La resurrección proyecta sobre la vida cristiana la luz del amor. Si se dejan guiar por esta luz, los cristianos dan un auténtico testimonio de Cristo crucificado y resucitado.

Al dar este testimonio, entran en el camino de la misión cristiana, o sea, del apostolado. De este camino nos habla la primera lectura del domingo actual, tomada de los Hechos de los Apóstoles, haciendo referencia a los trabajos apostólicos de Pablo y Bernabé en diversos lugares de Oriente Medio. Entre estos trabajos nacía la Iglesia y surgían las primeras comunidades cristianas. Efectivamente, Dios actuaba por medio de sus Apóstoles y abría “a los gentiles la puerta de la fe” (14,27). Cuando la luz de la resurrección del Señor cae sobre nuestra vida, logra ciertamente que también ella se

haga “apostólica”. “Pues la vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación también al apostolado”, como enseña el Concilio Vaticano II en el Decreto sobre el apostolado de los laicos (n.2). El apostolado es fruto de este amor que nace en nosotros mediante la intimidad con la cruz de Cristo resucitado. Ayuda también a la esperanza del mundo futuro en el reino de Dios. Nosotros mantenemos esta esperanza incluso en medio de los sufrimientos, porque “hay que pasar mucho para entrar en el reino de Dios”, como leemos en la liturgia de hoy (Hch 14,22). “Que todas tus criaturas te den gracias, Señor,/ que te bendigan tus fieles;/ que proclamen la gloria de tu reinado,/ que hablen de tus hazañas” (Sal 144/145,10-11).

La potencia del reino de Dios en la tierra se ha manifestado en la resurrección de Cristo crucificado. Nosotros, como confesores de Cristo, queremos vivir y obrar en esa luz, que nos viene de la resurrección del Señor.

Roguemos a María, Madre del Resucitado, Madre de la Misericordia, a fin de que nos acompañe en todas las partes por los caminos de la fe, la esperanza y la caridad.

(Roma, parroquia Santa María de la Misericordia)

P. Gustavo Pascual, I.V.E.

El mandamiento nuevo

Jn 13, 34

Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros como Yo os he amado.

¿Mandamiento nuevo? Pero si ya existía en el Antiguo Testamento en el libro del Levítico.

Es nuevo porque Cristo le dio notas nuevas: lo hizo universal y lo extendió hasta el extremo. Universal porque se extiende a todos los hombres, hasta el extremo porque implica dar la vida si es necesario, como lo hizo el Señor.

La novedad se manifiesta en el amor de Cristo hacia nosotros. Cristo nos amó a todos y dio su vida por todos, aun siendo nosotros enemigos suyos por el pecado.

El amor cristiano es una novedad absoluta. Sobrepassa al amor del pueblo elegido y al amor que enseñaron Buda, Confucio y todas las otras religiones orientales.

Este amor al prójimo es el que distingue al cristiano. “En esto conocerán que sois discípulos míos”. En éste mandamiento se sintetizan todos los mandamientos, toda la dogmática y la moral cristiana. San Pablo formula esta enseñanza diciendo: “todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

¿Cómo cumplimos este mandamiento? Jesús nos ha dado ejemplo del cumplimiento de este precepto durante toda su vida y por eso nos dice “como Yo os he amado”. Si

leemos los Evangelios encontramos en todos ellos que nuestro Señor ejercitó este amor en toda su vida y en especial muriendo en la cruz. San Pedro resume la vida de Jesús diciendo: “pasó haciendo el bien”. Jesús pasó haciendo el bien a todos sin excepción. Por eso cuando los judíos le preguntaron quién era el prójimo, les enseñó quién era con la parábola del buen samaritano. El prójimo es nuestro hermano necesitado, el que encontramos en el camino de nuestra vida.

Miremos a Cristo y aprenderemos a amar a nuestro prójimo. A todos los hombres debemos amar porque todos son nuestros prójimos y en ellos se incluyen los que nos tratan mal, los que nos hacen mal, nuestros enemigos. Todos los hombres... pero en especial los más próximos.

Entre todos los hombres, hay algunos a quienes me ligan vínculos más particulares; son mis más próximos, prójimos, aquellos a quienes por voluntad divina he de consagrar más especialmente mi vida. Mi primera misión, conocerlos exactamente, saber quiénes son. Me debo a todos, sí; pero hay quienes lo esperan todo, o mucho, de mí: el hijo para su madre, el discípulo para su maestro, el amigo para el amigo, el obrero para su patrón, el compañero para el compañero. ¿Cuál es el campo de trabajo que Dios me ha confiado? Delimitarlo en forma bien precisa; no para excluir a los demás, pero sí para saber la misión concreta que Dios me ha confiado, para ayudarlos a pensar su vida humana.

El envío que hace Jesús a sus discípulos después de su ascensión a los cielos consiste en hacer de este mundo la civilización del amor y es la misión de cada uno de los cristianos. Debemos comenzar a crear esta civilización alrededor nuestro, en el ambiente en que Dios nos ha puesto.

¿Cuántos hombres a mi alrededor sufren y yo estoy indiferente? El sufrimiento puede ser espiritual o material. Los dos son importantes. Hay personas que carecen de lo necesario en el alma y en el cuerpo. Otros sólo en el alma. Otros únicamente en el cuerpo. Hay mucho sufrimiento alrededor mío y lo desconozco. Lo desconozco porque vivo muy ensimismado. El egoísmo se opone al amor y es la causa de mi despreocupación por el prójimo. El mundo necesita mucho amor y debo preguntarme cada día cuánto amor pongo en el mundo.

Y Jesús quiere amor pero amor concreto. Porque lo que hacemos por nuestro prójimo lo hacemos a Jesús mismo. Es Jesús que se nos presenta en nuestro prójimo mendigando especialmente amor. Y el amor vence al egoísmo porque el amor es entrega, olvido de sí mismo para darse.

San Juan en su primera carta dice claramente que es un mentiroso el que dice amar a Dios a quien no ve sino ama al prójimo a quien ve. Nuestra verdadera religiosidad se manifiesta en el amor que tenemos al prójimo. Nuestro distintivo de cristianos no es la medallita, la crucecita, el rosario, la peregrinación, todas cosas buenas si son hechas por amor, sino que el distintivo del cristiano es la caridad. El amor al prójimo.

Amarlos para que adquieran conciencia de su destino, para que se estimen en su valor de hombres llamados por Dios al más alto conocimiento, para que estimen a Dios en su valor divino, para que estimen cada cosa según su valor frente al plan de Dios.

Amarlos apasionadamente en Cristo, para que el parecido divino progrese en ellos, para que se rectifiquen en su interior, para que tengan horror de destruirse o de disminuirse, para que tengan respeto de su propia grandeza y de la grandeza de toda creatura humana, para que respeten el derecho y la verdad, para que todo su ser espiritual se expanda en Dios, para que encuentren a Cristo como la coronación de su actividad y de su amor, para que su sufrimiento complete el sufrimiento de Cristo (Cf. Col 1, 24)

Pensemos en nuestra propia familia. ¿Cuánto amor pongo en ella? ¿Cuánto reclamo el amor de los demás y cuánto amor pongo? Es más feliz el que da que el que recibe. Por eso busquemos poner amor a nuestro alrededor. Olvidándonos de nosotros mismos amemos a los demás pero no tanto con las palabras cuanto con las obras.

Hay mucha gente que necesita de nuestro amor y no hace falta que la busquemos muy lejos nuestro. Cuántos pobres y necesitados de todo tipo que podemos socorrer. El amor es nuestro distintivo de cristianos. Y si bien debemos amar principalmente a los cristianos nuestro amor debe extenderse a todos los hombres.

----- Guión -----

Guión Domingo V de Pascua

18 de mayo de 2025 - Ciclo C

Entrada: Al unir en la Eucaristía nuestra oblación a la de Cristo, somos total y permanentemente colmados de Dios, a quien sea la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús.

1º Lectura Hech 14, 21b-27

Pablo y Bernabé son los instrumentos elegidos por Dios para abrir la puerta de la fe a los paganos, fe que nos dice que por la cruz se llega a la vida eterna.

2º Lectura Apoc 21, 1-5a

La vida eterna es la Jerusalén celeste, en la cual Dios mismo secará las lágrimas de sus hijos y embellecerá a la Iglesia, su Esposa, entre cantos de alegría.

Evangelio Jn 13, 31-33ª. 34-35

La glorificación de Cristo será nuestra propia glorificación si vivimos Su amor en plenitud.

Preces

Al Señor que hace nuevas todas las cosas presentémosle nuestra oración.

A cada intención respondemos...

* Por la Iglesia en todo el mundo, para que asistida por el Espíritu Santo, se consolide en la unidad y en el temor del Señor. Oremos.

* Por las intenciones del Santo Padre, especialmente por el cese de los conflictos bélicos y para que todos los cristianos sepan dar testimonio de su amor y fe en Jesucristo. Oremos.

* Por todos los sacerdotes, para que su vida y sus enseñanzas reflejen los Misterios que celebran, y sean fuente de abundantes vocaciones consagradas. Oremos.

* Por todos los que se dedican a la catequesis, para que con fortaleza y constancia anuncien la verdad completa contenida en las Escrituras e interpretada por el Magisterio de la Iglesia. Oremos.

* Por todos nosotros, para que reconociendo en el rostro de toda persona, sin distinción de razas y culturas, el rostro luminoso de Cristo, testimoniamos concretamente el amor de Dios por cada ser humano. Oremos.

Ayúdanos, Señor a crecer en el amor mutuo y concédenos lo que con fe te hemos pedido. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Ofertorio

La celebración de la Eucaristía nos impulsa a presentar nuestros dones con un espíritu humilde y agradecido:

- Llevamos ante el altar **incienso**, junto con la oración de toda la Iglesia por el don de la paz y la libertad religiosa.

- Ofrecemos **el Pan y el Vino**, y con ellos a nosotros mismos, para que por la unción del Espíritu Santo seamos hechos una víctima viva y perfecta para alabanza de Dios.

Comunión: Esto os mando: que como Yo os amé, así os améis unos a otros.

Salida: Que la Virgen, Madre de Jesús Eucaristía, nos enseñe a vivir las exigencias del amor perfecto.

*(Gentileza del Monasterio “Santa Teresa de los Andes” (SSVM) _ San Rafael _
Argentina)*